

## *La polka del voluntario*

(Cuento)

Si mi madre quería reunir a todos los miembros de su numerosa familia dispersos por la plaza, el jardín o los rincones de la casa, no tenía más que sentarse al piano y atacar en él alguna de las piezas de su vasto repertorio.

A este toque de llamada, poco a poco, todos íbamos apareciendo en el salón, y entonces la madre, satisfecha por su éxito, se prestaba complaciente a todos nuestros deseos y peticiones.

—Mamá, toca “La Bruja”... las dianas de San Fermín... “La invitación a la danza”...

Cada cual pedía su pieza favorita, y ella, con su estilo muy personal, iba desgranando en nuestro obsequio melancólicos zortzicos, bailes de salón muy siglo XIX y obras de difícil ejecución en las que brillaba su maestría, su raro talento.

Pero aquellos conciertos improvisados, que fueron el encanto de nuestra niñez y años juveniles, rara vez terminaban sin que alguno de nosotros dijera:

—Ahora, mamá, toca la “Polka del Voluntario”. Y mamá entonces atacaba con gracia sentimental aquella polka anticuada, que nunca terminaba, pues a mitad de un compás callaban las notas y sus dedos seguían acariciando silenciosamente las teclas marfileñas.

El por qué aquella polka no terminaba nunca, lo sabíamos de memoria, y sin embargo, mil veces nos hacíamos repetir la misma historia.

Era en tiempos de la guerra carlista...

Mamá, niña todavía, huérfana de un voluntario de Carlos V, vivía en Santesteban con su madre y sus hermanitos.

Acertó a pasar por allí una partida carlista, que fué acogida con entusiasmo en las casas donde se vibraba por el mismo ideal. En la de mi abuela se alojó un gallardo voluntario alavés, extraordinariamente aficionado a la música, el cual, encantado por las disposi-

ciones musicales de mi madre (era la discípula predilecta del compositor Zabalza), le prometió dedicarle una composición.

Y escribiéndola estaba un día, cuando una mujer penetró en la casa gritando despavorida: —¡Señoras, los guiris! ¡Ya vienen, ya vienen!

El voluntario levantó un momento sus ojos del pentagrama, y sonriendo a la niña que silenciosa le miraba, continuó tranquilamente su trabajo.

Pero la columna liberal penetraba ya en el pueblo mientras los carlistas se retiraban de él, y el músico, ya en pie, seguía transcribiendo al papel las notas que de su inspiración brotaban.

—¡Ya están aquí! ¡Váyase pronto, que le van a coger prisionero!, suplicó mi abuela.

El carlista se decidió por fin. Soltó la pluma, agarró el fusil y besando a la niña le dijo cariñoso:

—¡Lolita, volveré a terminarla!...

...Pero no volvió. La polka, que bien pudiera llamarse "La incompleta", como la famosa composición de Schubert, quedó sin terminar.

Por eso, cuando mi madre la tocaba, siempre quedaba vibrando en las ondas la última nota dejada en suspenso por un músico guerrero, que un día pasó por el pueblecito de la montaña navarra.

Y mientras aquellos compases se alternaban, graciosos, alegres, nuestra imaginación, perdiéndose por las regiones de la fantasía, poblando los montes y los valles de boinas rojas, evocaba la figura de Carlos VII que, montado en su caballo, llevaba por los caminos de la gloria las históricas banderas de Dios, Patria y Rey.

En todo esto soñábamos, hasta que la nota no final de la histórica polka nos arrancaba del mundo de los ensueños.

Cuando poco antes de su muerte la tocó mi madre por última vez, se cerró definitivamente el famoso compás de larguísima espera que en vano, durante años y años, esperó ser seguido por el acorde siguiente, paso al final.

El piano del salón familiar enmudeció para siempre guardándose el secreto.

Hasta que un día...

... ..

Pasaron los años, con su cortejo de penas y de alegrías, dejando en derredor dolores varios; cumpliendo esperanzas unas veces, arrebatando ilusiones las más.

La guerra nuevamente había ensombrecido España, y las boinas rojas salieron de su retiro ancestral como las que llevaron anteriores generaciones.

Era en octubre de 1937...

El viento bochorno soplaba fuertemente. Bajo el cielo, de un azul incomparable, se habían visto cruzar durante todo el día, bandas de palomas. Los chiquillos en la plaza, mirando a lo alto, gritaban sin cesar: ¡UsOak, usoak!

Pero de las paradas ningún tiro atentaba contra ellas. Los cazadores estaban lejos, allá en las trincheras, donde se oían tiros que segaban las jóvenes vidas.

Las hojas amarillentas, arrebatadas por el viento, formaban locos remolinos, y cuando aflojaba el bochorno, caían al suelo, como agotadas por su postrer esfuerzo.

Las sombras de la noche habían penetrado en la casa silenciosa, sin que nadie pensara ahuyentarlas encendiendo las luces. Todos estábamos abstraídos, recordando en aquel melancólico atardecer, aquellos otros otoños felices en que nuestros chicos, nuestros requetés ya muertos en el campo de batalla, alegraban las largas veladas contándonos al lado del fuego sus hazañas cinegéticas, sus disputas con los intrusos de las paradas.

De pronto, el tradicional saludo de "Ave María" que resonó en el eskarace, vino a romper aquel silencio cargado de dulces al par que dolorosos recuerdos.

Contestando: "¡Sin pecado concebida!" bajé a la entrada donde estaba un chico del pueblo acompañado de un requeté muy envuelto en su capote pardo.

—Este, francés o así será —me dijo el chiquillo. Me ha preguntado por la fonda, pero yo traerle aquí.

—Y has hecho muy bien —le respondí. Y dirigiéndome al desconocido añadí tendiéndole la mano: —Donde hay carlistas, los requetés no van a la fonda. Vienen a nuestras casas, que son las suyas.

En mal castellano contestó unas frases de agradecimiento el embozado huésped, al que invité a entrar en el salón.

Ya congregados todos a su alrededor, muy sencillamente nos contó su historia.

Era nieto de un voluntario de Carlos VII, de los que siguieron al rey al destierro. Su abuelo casó en Francia; allí nació él. Aunque alejados de España, siempre se había conservado en su casa el culto a la patria abandonada en arranque de sublime fidelidad. Las historias contadas por el anciano voluntario, habían sostenido en aquel hogar la llama sagrada de la Tradición.

Y por eso, cuando al través de los Pirineos llegaron a Francia los ecos de la guerra; cuando las hazañas de los requetés, salvando las fronteras, dijeron al mundo que los carlistas, por tercera vez en la historia, plantaban cara a la revolución destructora, el joven sintió

la voz de la sangre y, tras mil aventuras, atravesó una noche el puente de Arneguy y se encuadró en un Tercio de requetés.

—Ahora —terminó el para nosotros desconocido voluntario— aprovechando unos días de permiso y la motocicleta prestada por un amigo, me disponía a dar una vuelta por esta tierra de la que tanto oí hablar a mi abuelo, pero una mala avería me ha detenido en el camino.

Seguimos hablando de muchas cosas, y, de pronto, fijando sus ojos en el piano, preguntó el joven:

—¿Alguno de ustedes toca el piano?, yo soy muy aficionado.

Le invitamos a que nos hiciera algo de música, y él, complaciente, se sentó al piano y empezó a ejecutarlo con gracia y maestría. Los cantos de la carlistada, las obras de Albéniz, de Granados, demostraban a las claras que en su hogar del destierro siempre se había cultivado con esmero lo que a España evocaba. Piezas modernas iban alternando con otras de sabor anticuado, que recordaban algo el repertorio de nuestra madre.

Tras un breve silencio, atacó con brio una polka... ¡la del Voluntario!... Algo así como una sacudida eléctrica recorrió por el auditorio. Todos nos miramos con sorpresa mientras, conteniendo la respiración, escuchábamos apasionadamente. Iba a llegar a la nota no final de la incompleta. Yo no sé lo que sentía en aquellos momentos. Revivía el pasado: Don Carlos, los carlistas, ¡mi madre! Creí que estaba a punto de encontrar a un perdido, de dar con la ansiada clave de un enigma.

Sonaron las notas del célebre compás. ¿Callaría ahora también el ejecutante? Pero no. Inconsciente de los sentimientos que a su alrededor levantaba, el requeté continuó su pieza que terminaba, ¡por fin!, con unos acordes guerreros, algo así como una llamada a la bayoneta.

Un silencio impresionante dejó percibir la vibración del último acorde. El voluntario se volvió sorprendido sin comprender el por qué de aquella emoción que en nosotros veía reflejada.

Hasta que por fin, con voz alterada, uno preguntó rompiendo el encanto:

—¿De quién ha aprendido usted esa polka?

A lo que él contestó sencillamente:

—De mi abuelo, que era un gran compositor. Esta polka era su pieza favorita.

Y como si quisiera fijar mejor el torbellino de nuestros pensamientos, añadió aclarando una pregunta que nadie sin embargo había formulado

—Sí, el voluntario de Carlos VII que hizo su campaña en Navarra. En su recuerdo iba yo hoy a Santesteban...

\* \* \*

Encima del piano, por ella tantas veces acariciado, un retrato de mamá rodeado de crisantemos, presidía nuestra reunión. Desde su marco de filigrana parecía sonreír satisfecha.

El galante voluntario, después de muchos años, cumplía por fin aquella promesa:

—¡Lolita, volveré a terminarla!

Petrorrena-Leiza-October 1938.

